



Boletín Oficial

DEL

Obispado de Osma.



Año LXII. 31 DE MAYO DE 1921. Núm. X.

NUESTRO VIAJE A ROMA, TAN IMPREVISTO COMO CONSOLADOR

Impresiones.

Cuando, a principios del mes próximo pasado de abril, salimos de Nuestra villa Episcopal, con dirección a Ávila, Madrid y Barcelona, estábamos muy lejos de pensar en realizar un viaje a la ciudad eterna.

Tan empeñadas fueron las cariñosas *embestidas* que se nos dirigieron en la villa y corte de Madrid de parte de los Señores que formaban el Comité de la última Peregrinación española a Roma; pesan tanto en Nuestro ánimo los Consejos de los que pueden y saben darlos, que decidimos por fin presidir la peregrinación y poner de Nuestra parte cuanto fuera menester, para que ella diese en todas partes la nota de fervorosa piedad que sin desafinar jamás dieran siempre las pasadas peregrinaciones españolas.

Creemos haber conseguido Nuestro deseo. No ya sólo Zaragoza, Monserrat, Barcelona, Roma y Lourdes, donde se celebraron Misas de Comunión general; se

predicó, y se hizo resonar el Rosario entero en templos, plazas y riscos, sino los trenes en marcha, y los salones de hoteles de Niza, Cannes y Roma, convertidos en Capillas por los peregrinos, para rezar el Santo Rosario, son buena prueba de lo que decimos.

Bien es verdad que fué fácil Nuestra labor, dada la proverbial docilidad y piedad de las peregrinaciones españolas.

En Roma.

No hay católico que no sienta profunda emoción al llegar a Roma.

¡Roma Dea! cantaban sus poetas paganos: los cristianos no podemos llamarla Diosa, pero sí la ciudad eterna, la ciudad del Vicario de Jesucristo, la ciudad donde el Papa no es ciudadano, sino Rey.

Dignóse el Santo Padre recibirnos en audiencia privada el lunes, 2 de mayo corriente, primero a Nós solo, y después a la peregrinación entera. Concentrando por un momento Nuestro espíritu, recordamos con viveza: Este es el dignísimo sucesor en el Pontificado y en la heroicidad de la virtud, de San Pedro perseguido por Claudio y Nerón; de Clemente desterrado por Trajano; de Cornelio ultrajado por Galo; de Liberio confinado a la Tracia por Constantio; de Juan I encarcelado en Ravena por Teodorico. El Papa es Silverio, Vigilio y Martín I, víctimas de la perfidia griega, es Juan XII, echado de Roma con execrable sacrilegio por Otón; Benedicto V, desterrado a un clima horrible por Constante; Benedicto VIII que come el pan del destierro en Germania. Es el Papa Alejandro II, lanzado de su sede por Cadolao y Enrique IV; Gregorio VII que muere en el destierro por haber amado la justicia y aborrecido la iniquidad; Pascual II que gime encarcelado en el castillo de Tribucco en Sabina; Gelasio II detenido en Gaeta. El Papa es Alejandro III, Lucio III, Gregorio IX, Ino-

cencio IV, Urbano IV, Bonifacio VIII, Bonifacio IX, Inocencio VII, víctimas inocentes de la impiedad. El Papa es Pío VI, Pío VII, el inmortal Pío IX.

Este es el Príncipe de la Paz; el Padre misericordioso, de dulce y blando corazón que ha extendido por el mundo, durante la tremenda guerra, su tierna, imparcial y universal caridad: ¡ah! es el Papa Benedicto XV, es el amante, el amador y el amado de España y de los españoles; y... al pensar en todo esto nos arrojamos a sus sagrados pies, besándolos devotamente, en nombre propio, y en el de la Peregrinación que presidíamos y en el de Nuestra diócesis amada.

Al preguntarnos Su Santidad por el estado religioso de Nuestra diócesis, Nós hubimos de contestarle, con gran pena del alma, que muchísimos vivían apartados de Dios, quebrantando sus santísimos mandamientos, especialmente los que se refieren a la santificación de las fiestas en su doble aspecto del descanso dominical y asistencia al santo Sacrificio de la Misa y al cumplimiento Pascual. Pero, Vd. hará lo que pueda, para llevarlos a Dios? replicó el Papa. No era fácil contestar cumplidamente a tan importante pregunta; y aunque sin faltar a la verdad podíamos añadir que Nos veríamos contentos, si Nuestros amados diocesanos correspondieran a Nuestros empeños por su salvación, optamos por no descubrir todo el mal, siquiera hasta el próximo año en que con el favor de Dios, hemos de dar cuenta detallada de la diócesis.

A las doce y cuarto del mismo día 2 nos recibió de nuevo Su Santidad junto con la peregrinación española, compuesta de unas 350 personas.

El Excmo. Sr. Embajador de España, cerca del Vaticano se dignó acompañarnos en tan solemnes momentos.

Sentóse Su Santidad en el trono de la Sala Consistorial, rodeado del Ilmo. Mons. Samper Maestro de Cá-

mara de Su Santidad, y de la Corte Pontificia; y Nós, como Presidente de la Peregrinación, hicimos la presentación de la misma, leyendo el siguiente brevísimo discurso: Ostenta, Santísimo Padre, esta peregrinación, la segunda nacional española a Roma, después de la guerra, las tres etiquetas o características del buen cristiano: amor a Jesucristo, amor a la Virgen María, amor al Papa.

Hijos de Santa Teresa de Jesús, de aquella heroína que, supo vencer por Cristo todos los obstáculos, allanar todas las resistencias, y que condensó su amor a la Iglesia en aquella su célebre expresión: «*Yo estoy dispuesta a dar la vida por la menor ceremonia de la Iglesia*», todos estos peregrinos están dispuestos a dar la suya por la Iglesia y por el Papa.

Hablad, Santísimo Padre, y aunque salga vuestra voz augusta de los destierros de Ravena, de Salerno, de Avignon, de Savona, de Fontainebleau, de Gaeta, del Vaticano, será escuchada con sumisión filial, con rendida obediencia y sobre todo con gratitud y amor. Coleado muy por encima de las borrascas del mundo, Vuestra soberana palabra, espada de dos filos, desconcierta los consejos de las naciones mal aconsejadas; sacude la opinión hasta sus mas hondas profundidades; y sin experimentar jamás la menor duda de lo que puede, sin manifestar jamás cansancio ni cobardía, conforta invariablemente el corazón de todos los hombres rectos, justos, imparciales.

Vos sois la verdad, y cuando Vuestra Santidad nos la enseñe la abrazaremos siempre con sincera sumisión de la inteligencia, sin restricciones, sin subterfugios, sin mixtificaciones. Reconociéndoos como a Padre común y amoroso de todos los fieles cristianos, queremos rendir a Vuestra Santidad el homenaje de grande, respetuoso y filial afecto, no sólo cuando, como hoy, nos cabe la extraordinaria y jubilosa honra de contemplaros con nuestros propios ojos en Vuestra

propia Veneranda persona, sino cuando Vuestro Augusto retrato presida nuestros centros católicos, cuando presida y decore nuestras casas, cuando resuene en nuestros oídos la dulce y regocijante palabra «*El Santo Padre.*»

Firmemente convencidos, Santísimo Padre, de que las bendiciones de Su Santidad están identificadas con las del Cielo; en nombre de los peregrinos, en el del Comité de la Peregrinación, y en el mío propio, permitidme, que os pida Bendición Apostólica especial, para Sus Majestades, los Reyes Católicos de España, D. Alfonso XIII, (q. D. g.) y su Real Familia; para nuestros Padres y Maestros los respectivos Obispos diocesanos; para los Sacerdotes que han venido en peregrinación y están aquí presentes, para la católica nobleza aristocrática, tan admirablemente representada en el Excmo. Sr. Duque del Infantado, para los señores Párrocos, Coadjutores, directores de Colegios, de Cofradías, de Congregaciones, de Confederaciones católicas, Capellanes, etc., etc. y cuantas gracias e indulgencias sean posibles en favor de los Crucifijos, rosarios, medallas, etc. que se hayan adquirido por los peregrinos y una bendición para mí, el último de los Prelados Españoles, extensiva a todos mis diocesanos.

Con el mayor acatamiento besa el pie de Vuestra Santidad a una con todos los peregrinos el Obispo de Osma.»

Fué gran lástima que un taquígrafo no recogiera íntegro el discurso de Su Santidad, y fué también gran lástima que apremios urgentes de la dirección de la Peregrinación no Nos permitieran reconstituírlo en lo posible. Gran emoción produjo en aquellos españoles escuchar de los labios augustos del Supremo Pontífice magnífica oración en correcto castellano, avalorada por bellísimos y trascendentales pensamientos, y pronunciada con elegantísimo gesto y dulce voz, todo lleno de sacratísima unción.

Hacía muchos siglos ya que no resonaba nuestro áureo idioma en la mansión de los Papas, por lo menos en discursos Pontificios que, como esta vez, durasen media hora.

«Con gran complacencia, dijo el Papa, reconozco en esta peregrinación, las tres etiquetas o características del buen cristiano.

Es bien proverbial, en efecto, en los españoles, el amor al Papa, y lo han demostrado siempre con su devoción, respeto y amor a la Santa Sede.

La luz de la Verdad, que brilla esplendente en la Cátedra de San Pedro, ha irradiado sin dificultad en la Católica España y sus rutilantes destellos iluminaron en todo tiempo a sus dóciles moradores.

Al oír Nós que, como hijos de Santa Teresa de Jesús, los peregrinos estaban dispuestos a dar su vida por la menor ceremonia de la Iglesia, hemos de confesar que, lo creemos así sinceramente, recordando a los peregrinos que, como quiera que los *fieles y constantes* en las cosas pequeñas suelen serlo en las grandes, deducimos de aquí, con gran consuelo para Nós, que podemos contar segurísimamente con la ayuda y cooperación decidida de los católicos españoles, lo mismo en las cosas que, al parecer, son pequeñas en la Iglesia, como en las grandes, graves y extremas que afectan a ella y a Nós.

Aceptando con gratitud estos sentimientos nobilísimos que anidan en el pecho de los españoles, desde Nuestro amado Hijo, Su Magestad el Rey D. Alfonso XIII, (q. D. g.) primer católico y primer español, hasta el último vasallo, Nós, después de referirlos a Jesucristo Nuestro Señor a quien representamos en la tierra y Cuyo Vicario Somos, no podemos menos de corresponder con afecto Paternal a todos y a cada uno de vosotros aquí presentes y a los demás católicos de la nación amada; a su católico Rey, D. Alfonso, a la aristocracia del linaje y de la piedad, tan dignamente

aquí representada, y a la humilde plebe, representada también asimismo por labradores y trabajadores, ciertamente no por eso menos dignos de todo Nuestro paternal amor.

Al lado y junto con el amor al Papa bien se deja comprender que los peregrinos españoles sientan sus corazones caldeados por la devoción a María. Nadie que se fije en María, en la celestial figura de nuestra Madre, dejará de sentir dentro de si mismo el irresistible influjo de sus virtudes y de su misericordiosa piedad. En Ella está toda gracia para conocer el camino de la verdad, y en Ella se encuentra toda confianza de vida y de virtud. Con los soberanos atractivos de su amor se hace suyos los corazones y los sacia con sus riquísimos frutos. Buenos cristianos, vosotros miráis a María como a vuestra estrella, vuestro refugio, vuestro amparo, vuestro consuelo, vuestra esperanza, y vuestra abogada e intercesora, como amantísima y amadísima Madre.

Coincide vuestro viaje de peregrinación con el mes de las Flores, tierna devoción a María Santísima, que nos ha enseñado a consagrar las brisas suaves y halagadoras; las noches serenas, las delicias del tiempo, la frescura, la vida, los rumores, el movimiento y la animación del mes de Mayo,—sonrisa de la Primavera— a la Virgen Purísima, a la Virgen Inmaculada que es la sonrisa del cielo y reúne y tiene a la vez todas sus armonías, sus encantos, sus flores, su luz, su vida y animación.

Pasó el Santo Padre a tratar del amor del buen cristiano a Jesucristo, y lo hizo con tan sublimes pensamientos, con tan encendidos y emocionantes afectos que hicieron indescriptible impresión en los peregrinos. No recordando Nós debidamente, ofrecemos en este punto, como testimonio de Nuestra justa alabanzas un respetuoso y humilde silencio.

Pidiendo a Dios para España y para sus Católicos

Reyes, y para los Venerables Obispos, sacerdotes y seculares las bendiciones del cielo, diónos la suya, Paternal, soberana y apostólica que toda la Peregrinación la recibió de rodillas con las frentes inclinadas. » (1)

Terminado el discurso que, tuvo en su final la nota hermosa de ser pronunciado por el Papa, puesto de pie, y con arranques de vibrante conmoción oratoria, el Santo Padre concedió todas las bendiciones que Nós le hubimos pedido, así como las indulgencias, gracias, etc. que habíamos indicado en Nuestro humilde discurso.

Dando primero a besar su anillo a los Señores del Comité de la Peregrinación, a los cuales favoreció particularmente además con palabras paternales, recorrió después la Sala Consistorial, para que todos los peregrinos, formados en disciplinadas hileras, pudieran besárselo uno por uno.

Al despedirse el Papa, Nós dimos tres clamorosos vivas = ¡Viva el Papa! ¡Viva la Iglesia Católica Apostólica Romana! = que fueron repetidos por los peregrinos con el más férvido y delirante entusiasmo.

¡Y se fué el Santo Padre, arrastrando tras sí nuestros ojos, nuestros corazones, nuestro amor, impresionados gozosamente con aquella visión de gloria!

Y Nós, alborozados y encendidos en el amor al Vicario de Jesucristo, a la vez que hicimos actos de fir-

(1) Bien se comprenderá que no pretendemos que se tomen Nuestras palabras, cual si fuesen literal reproducción de las frases de Nuestro Santísimo Padre. No hemos podido dar con el *Osservatore Romano* que publicó al día siguiente un resumen de la bellísima oración del Papa, y aunque lo pedimos por telégrafo, no Nos ha cabido la satisfacción de recibirlo a tiempo, ni Nos ha sido posible esperar más, por la urgencia de dar salida al BOLETIN. Creemos, no obstante, que habremos acertado a reflejar, con la suficiente fidelidad, el fondo del pensamiento de Su Santidad en el mencionado discurso.

me adhesión al Vicario de Jesucristo, elevamos mentalmente otro de viva fe al cielo, diciendo interiormente:

Santísimo Señor; el alcázar donde moras está edificado *super lapidem probatum*; por eso, el Vaticano no puede caer, no caerá. Si cayera el Vaticano, sus ruinas cubrirían el mundo impío: rodarían por la tierra las piedras del Vaticano, derribando los tronos, las casas y las tumbas, y con sus ruinas apedrearía Dios a las razas prevaricadoras (1) a los enemigos del Papa. Unidos a Vos, oh gran Benedicto XV, daremos al viento vuestra bandera salvadora y triunfaremos por fin, triunfaremos en la definitiva batalla, porque el Divino Fundador de la Iglesia y del Papado dijo terminantemente: Las puertas del infierno no prevalecerán contra Vos = *Et portae inferi non praevalerunt adversus eam*.

Consagración episcopal del Excmo. Monseñor Federico Tedeschini, Sustituto de la Secretaría de Estado de Su Santidad Benedicto XV,— Arzobispo titular de Lepanto, nombrado Nuncio Apostólico en España ; :

Desconocíamos en absoluto, al entrar en Roma, la fecha de la consagración episcopal del que estaba nombrado ya Nuncio Apostólico en España, Excmo. Monseñor Federico Tedeschini.

El Señor, en el jubiloso día de su Ascensión a los cielos quiso exaltar a la suprema Consagración episcopal al que por sus talentos, preclara ciencia y reconocida prudencia el Santo Padre le elevaba a la Nunciatura Apostólica de Madrid y de la España Católica.

La sagrada ceremonia se celebró en la Capilla Sixtina.

Sobre magnífico altar destacaba rico tapiz que representaba el misterio del día. Quiso el Santo Padre consagrar por sí mismo al Excmo. Sr. D. Federico Tedeschini, asistido de dos Prolados.

(1) Luis Veillout

A la hora señalada de las 8 de la mañana entraba Su Santidad en la Capilla Sixtina, seguido y acompañado del brillante cortejo de los Emmos. Cardenales Vanutelli, Gasparri, Sbarretti y Visletti; de los Prelados asistentes, del Excmo. Sr. Tedeschini, del Prelado de la diócesis de origen de aquel, de los nobles de la Corte Pontificia; etc. etc...

Para la hora señalada habían ocupado puestos distinguidos buen número de venerables Arzobispos y Obispos de todas partes. El Rvdmo. Prelado, preconizado de Hipo, administrador apostólico de Calahorra y Nós representábamos a España con buen número de peregrinos.

El cuerpo diplomático, presidido por su decano, el Excmo. Sr. Embajador de España, Marqués de Villasinda, tenían preferente sitio, y junto a él tuvieron los suyos muy honrosos el Excmo. Sr. Duque del Infantado, el Sr. Conde de la Florida, ilustres peregrinos que se revistieron de brillantes uniformes. Capitulares, Dignatarios, sacerdotes, religiosos, religiosas, nobles, señores, señoras ocuparon plenamente toda la Capilla Sixtina. Durante la Misa Pontificia de consagración cantó varios motetes la célebre Capilla Sixtina: es ya famosa la perfecta maestría de la Capilla en todo lo que canta y ejecuta.

Dos horas duró la hermosa ceremonia; horas felices que se deslizaron raudas y veloces, como visión de paz y de colmada satisfacción y alegría.

Terminada la imborrable fiesta, y cuando aún paladeábamos dulcedumbres anteriores, Nós recibimos la orden de seguir muy de cerca a la Corte Pontificia; y, cual sería nuestro asombro, al vernos de nuevo en presencia del Papa y recibir de Él la inesperada y gratísima intimación de sentarnos, para tomar en su soberana compañía desayuno y refacción!

Conforme a los cánones de la etiqueta y ceremonia Pontificia, sentóse el Santo Padre en mesa aparte, ba-

jo dosel, y más alto que los invitados: éstos fueron los Emmos. Cardenales Vanutelli, Gasparri, Sbarretti y Visletti; Exmo. Sr. consagrado, Federico Tedeschini, los dos Prelados asistentes y el de la diócesis de origen del consagrado; el Excmo. Sr. Embajador de España cerca del Vaticano, el Excmo. Sr. Samper, Maestro de Cámara de Su Santidad y Nós.

Desde luego se comprende que el honor que el Santo Padre hizo a Nós, de ningún modo se debió a Nuestros propios méritos: la coincidencia de ser Nós el único Obispo español que asistió a la solemnísimas consagración del Excmo. Sr. Tedeschini nos puso por la fuerza misma de las circunstancias en el caso de representar a todo el episcopado español, y sobre todo, ese fué y no otro el título que invocó el Papa, para hacernos objeto de su benignísima y apostólica distinción: Vd. ha representado hoy y nos dijo, a todo el Episcopado español. (1) Al retirarnos, dimos humildes gracias al Santo Padre por el extraordinario *número* de fiesta que Su Bondad nos proporcionó, sin soñarlo, ni imaginarlo, y, como era natural, sentimos embargado el corazón de la más honda y filial gratitud.

¡Haga el Señor que todos esos consuelos nos conforten más y más en su santo servicio, concediéndonos bríos y celo prudente para extender más y más su reino entre los hombres!

El Excmo. Sr. Tedeschini, nombrado Nuncio Apostólico en España, Arzobispo titular de Lepanto, recibe a la Peregrinación española. : : : : ; : : : : : : : : :

Accediendo muy gustosamente a los deseos de los

(1) Damos esta explicación verídica y real, para dejar bien en claro que por iniciativa propia nos guardaríamos muy bien de arrogarnos la representación de Nuestros Venerables Hermanos: sabemos perfectamente que somos el último de todos.

peregrinos, Monseñor Tedeschini se dignó recibirlos en la sala ducal del Vaticano, a las 11 y media del mismo día de su consagración.

Habiéndose adquirido un bonito cáliz en la acreditada casa de Calabresi, por iniciativa de uno de los del Comité, se le regaló al Rvdmo. Arzobispo titular de Lepanto en el acto de la recepción. Al entregarle aquel modesto presente, Nós nos vimos precisados a decirle: =No es día ni ocasión oportuna para dirigiros, Exmo. Sr., un discurso. Condensaré mis pensamientos en brevísimas frases. Desde el Presidente del Comité de la Peregrinación (1) que se ha convertido en mcnaguillo para ayudar la Santa Misa y comulgar en ella, hasta el último de los peregrinos, todos son fervorosos y buenísimos cristianos. Siendo la Santa Misa el acto central de la Religión, y queriendo ofrecer un regalito piadoso, se han acordado de un cáliz, y os lo damos con gran veneración y afecto.

Mucho nos complace el poder entregároslo en este mismo apostólico Palacio, como quiera que acabáis de recibir en Él la consagración episcopal y vais a ser representante del sucesor de San Pedro, Benedicto XV.

De labios augustos del Papa he oído que Vos mismo habéis elegido el título de Arzobispo de Lepanto, y os felicitamos y nos felicitamos por ello; en Lepanto fueron juntos el Papa S. Pío V, Felipe II y D. Juan de Austria; y la gloria de aquel día, cantada por la Iglesia y en versos imortales por nuestros poetas, fué gloria del Papado y de España. Cuando estéis en España veréis que también ahora van juntos la católica nación y el Vaticano. Veréis que desde el Rey (q. D. g.), primer católico y primer español, hasta el último, todos veneran y aman al Pontífice, como veneran y aman a Vos, no sólo porque representáis al Vicario de Jesucristo, sino que también por las brillantes cualidades

(1) D. Honorio Valentín Gamazo.

personales que os adornan y decoran.

Perdonad, Señor, que os ofrendemos tan modesto presente: dignáos aceptar este cáliz de *plata dorada*; mas tened la seguridad de que los corazones que os lo dan son *de oro*.

El Excmo. Sr. Tedeschini, tomando el cáliz en sus manos hizo un bellissimo discurso de contestación al nuestro: su improvisación fué doble tejido de preciosos pensamientos, engarzados en filigrana de *pulido esmalte oratorio*.

Díjonos que consideraba gran honor el haber recibido su consagración episcopal con asistencia de peregrinos españoles, y gran dicha verse rodeado de todos ellos en aquel momento.

Díjonos que son gloriosas las cosas que sabe de España, y que daba gracias a Dios y al Santo Padre por haberle designado, sin méritos por su parte, para ser Nuncio Apostólico en la católica España.

Añadió que aceptaba el cáliz con gratitud y que puso verdadero empeño en usarlo en la ceremonia de su consagración (1). En la primera Misa que celebre con él, continuó diciendo, levantaré este cáliz de perpétua salud y ofreceré la Hostia santa, la Hostia inmaculada al Señor por el Rey de España, Don Alfonso XIII, (q. D. g.), y por su Real Familia, por los peregrinos españoles, por la España entera.

Cerró su magnífica improvisación, levantando en alto el cáliz y diciendo: *Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo*; recibiré el cáliz de la salvación, e invocaré el nombre del Señor.

Acto continuo, dos fotógrafos, el de la Peregrinación y uno de Roma, sacaron dos fotografías de la Peregrinación, presidida en aquel momento por el Excelentísimo Sr. Federico Tedeschini, Arzobispo titular de Lepanto, nombrado Nuncio apostólico en España.

(1) Lo usó, en efecto, para las abluciones.

Recepción en la Embajada Española.

No podemos terminar nuestras impresiones de viaje sin dedicar cariñosas frases de gratitud al Excmo. Sr. Embajador de España cerca del Vaticano, Marqués de Villasinda, y a su distinguida y virtuosa señora.

Invitados galantemente por el Sr. Embajador, no hubo un solo peregrino que no acudiera a la Embajada. Obsequiáronos en los magníficos salones de la Embajada con espléndido *lunch*.

En Nuestra casa de Roma rebosaban de gozo y alegría los corazones; siendo muy de notar la casi preferencia que dió la Marquesa de Villasinda a los más humildes peregrinos, compartiendo gran rato y conversando afablemente con ellos. Por eso, pudo decir y dijo en realidad un peregrino aragonés, hombre sencillo y bueno—*y gran filósofo por un momento*:—Porque algunos no íbamos de etiqueta, no nos permitieron ver el Casino de Monte Carlo; en cambio el Papa y los Embajadores de España nos recibieron, nos hablaron y nos obsequiaron; *así es el mundo, y así es la religión.*»

Por Nuestra parte rendimos humildísimas gracias ante todo y con la mayor devoción al Santo Padre por las bondadosísimas distinciones de que nos hizo objeto en su Apostólico Palacio. ¡Qué el Señor le conserve, le haga feliz y que triunfe de todos sus enemigos. Amen.

Así mismo damos gracias muy efusivas al Excmo. Mons. Federico Tedeschini por sus amabilidades en la ciudad eterna, y Nuestro parabién y respetuosa felicitación por su exaltación al Episcopado y a la Nunciatura de España.

Muy de veras agradecidos al Sr. Rector y Superiores del Pontificio Colegio Español, les ofrecemos también el más vivo reconocimiento por las particulares bondades que a Nós dispensaron y por las deferencias entusiastas que tuvieron con la Peregrinación, ce-

diendo galantemente su magnífico salón-teatro, en el que los peregrinos celebraron una velada literario musical, hablando los Sres. D. Honorio Valentín Gamazo, Presidente del Comité de la Peregrinación, el Sr. Abra Zurita, dos alumnos del Colegio, y Nós que hicimos un breve resumen de la misma.

Finalmente, hacemos presente al Excmo. Sr. Embajador, Marqués de Villasinda nuestro testimonio de sincera y cariñosa gratitud por habernos honrado con su asistencia en la audiencia privada que concedió el Papa a los peregrinos españoles, por la eficaz ayuda que prestó a estos en asuntos de importancia y por la brillante recepción y agasajos que dedicó a la Peregrinación en su hermoso Palacio de la Plaza de España.

Burgo de Osma, 31 de Mayo de 1921.

† MATEO, OBISPO DE OSMA.

El Emmo. Sr. Cardenal Dr. D. Francisco Ragonesi, Pro-Nuncio de Su Santidad en Madrid, saldrá para Roma en los primeros dias del próximo mes.

Seguir paso a paso la vida llena de méritos y referir en detalle la prodigiosa actividad de Monseñor Ragonesi, ya en su diócesis de Viterbo, donde llegó a ocupar el importantísimo Cargo de Vicario General, ya en la república americana de Colombia, donde desempeñó la honrosa y difícil misión de Delegado Apostólico y Enviado extraordinario de la Santa Sede, con tanto tacto y habilidad que mereció públicos encomios en el Parlamento de la República, y del Romano Pontífice la distinguidísima honra de ser pro-

movido a la Nunciatura de España, ya principalmente aquí en nuestra Patria, sería tarea hartodifícil y para la cual aparte nuestra insuficiencia no darían marco suficiente los estrechos límites de Nuestro modesto Boletín. Pero próximo a dejar el suelo español, para prestar más de cerca al Romano Pontífice la colaboración de su trabajo asídúo y la viva luz de sus consejos, nos permitimos escribir las presentes líneas, para que sean al mismo tiempo que un pequeño tributo debido a la justicia de sus méritos, un homenaje de reconocida gratitud al que con tanto afán trabajó por los intereses de la Religión en nuestra patria y por la propia prosperidad de la Nación española.

Delicadas eran las circunstancias en que Mons. Ragonesi comenzó su Nunciatura en España. El Sr. Canalejas había desatado vientos de fronda, resucitando la llamada cuestión religiosa, creando así una complicada situación entre España y la Santa Sede; pero la exquisita prudencia y el habilísimo tacto del Sr. Nuncio consiguió que abortase aquel movimiento, granjeándose de paso la estima y admiración de los hombres de todos los partidos. Y esta admiración y estima ha ido después en continuo aumento, no solo de parte de los varios gobiernos que se han sucedido durante los ocho años que ha permanecido entre nosotros, sino en especial de la Corte, donde ha gozado siempre de la mayor confianza y de la más alta consideración.

Encariñado con la divisa del divino Maestro *qui pertransiit benefaciendo*; bien puede decirse que Monseñor Ragonesi, en su actividad incansable y en su amor profundo a España, no ha dejado de extender su acción a nada de aquello que de alguna manera pudiera influir en la prosperidad religiosa y material de nuestra patria. De ahí su empeño en conocer a nuestro pueblo, para lo cual recorrió la Nación en todas las direcciones, de suerte que no hay población

importante que no se haya visto honrada con su interesante y gratísima visita; de ahí el interés en conocer nuestra historia patria, de la cual sabemos que había hecho especial estudio, de tal suerte que conserva de manera felicísima, hasta las fechas de episodios de algún interés que guardan nuestras crónicas, aventajando en esto, sin duda alguna, a muchos españoles que ignoran aun las fechas más gloriosas de nuestra historia; de ahí la parte activa que ha tomado siempre en cuanto pudiera fomentar el espíritu religioso de España, como lo pregonan la solemnísimas coronación de la Virgen de Queralt, sus trabajos para la Confederación de las Congregaciones Marianas, su intervención en el Congreso Litúrgico de Monserrat y en la Asamblea de la V.O. T. Franciscana, por no citar más que algunos ejemplos, tomados al correr de la pluma.

Entusiasta enamorado del Arte y conocedor de las Campañas que con este pretexto han movido contra la Religión los enemigos de la Iglesia, con fecha 21 de junio de 1914 publicó una notabilísima Circular, dirigida a los Emms. Sres. Cardenales, Exemos. y Rvdmos. Arzobispos y Obispos de España, en la que después de exhortar a la conservación de las joyas artísticas y tesoros literarios e históricos pertenecientes a las Catedrales, templos, conventos, archivos, bibliotecas y museos de las iglesias, excitaba a los sacerdotes a que, cumplido su sagrado ministerio, dedicasen parte del tiempo libre al estudio de la Arqueología, para que salvadas del olvido tantas curiosidades históricas y artísticas, contribuyesen al incremento de la cultura nacional. El Círculo de Bellas Artes recibió con unánime aplauso la noticia, felicitándole por aclamación y haciendo constar en acta su gratitud por tan meritísimo trabajo.

De sus desvelos y afanes por la ilustración y cultura de la juventud española, especialmente de los seminaristas, son elocuente prueba el admirable dis-

curso que en 1915 pronunció a los alumnos del Colegio Superior de El Escorial, dirigido por PP. Agustinos «inculcando el amor de la verdad», y sobre todo, la alocución verdaderamente maravillosa que tuvo a los alumnos del Seminario de Comillas sobre la Sociología en los Seminarios. Es un trabajo perfecto y acabado, una obra verdaderamente maestra acerca del estudio de la Sociología, en la que se revela el conocimiento profundo de la gravísima crisis social por que atraviesa el mundo, y su vehemente deseo, como él mismo dice, de que el clero español, cada día más celoso e inteligente, se afane por estrechar, con trabajos adecuados a las exigencias de nuestros tiempos, las relaciones de cordial confianza entre la Iglesia y el pueblo. Por eso fué constante su vigilancia, a fin de que los trabajos de acción católica en el campo de la Sociología, fuesen siempre por los cauces trazados por la Santa Sede, encareciendo sin cesar que «los obispos, los príncipes del pueblo cristiano, los luminares de la Iglesia en que directamente se refleja la luz del Vaticano, son los intérpretes autorizados para disipar las nieblas que en torno a la verdad levantan la malicia y la ignorancia, y recordando que ningún sacerdote, secular o regular, puede acometer o continuar obras de índole social, si no es con el previo permiso y bajo la vigilante dirección de su Prelado diocesano.

Pero español de corazón, Mons. Ragonesi no limitó su acción a las cuestiones de carácter estrictamente religioso. Ama una España profundamente religiosa, pero la quiere también grande y próspera en el orden material, y por eso se preocupó también en todo aquello que podía contribuir a hacer de ella una nación próspera, como lo reclaman su posición y su brillantísima historia.

Era el 1.º de julio de 1915, en que una guerra sin igual segaba en flor la vida a millares de obreros, jefes y dependientes de oficinas, técnicos e ingenieros, cuan-

do en carta, dirigida al Excmo. Sr. Conde de Torreánaz, excitaba el celo de la «*Asociación de S. Rafael para protección del emigrante*» para que acudiese al Gobierno de S. M., a las autoridades civiles y administrativas, a los propietarios acaudalados, representantes de la industria y el comercio, a fin de arbitrar un sistema armónico de medios y de recursos que impidiesen el éxodo de nuestros mejores y más inteligentes obreros, que sería la ruina y el agotamiento de nuestras fuentes de riqueza «El ideal sería, decía entonces el Emmo. Sr. Ragonesi, acabar con la imperiosa necesidad de la emigración; lo que, en gran parte, se lograría, si las clases directoras pudieran, con mayor empeño, ocuparse en promover y fomentar la industria nacional, volver fructíferos tantos terrenos actualmente improductivos, abrir nuevas vías de comunicación, poblar comarcas, hoy desiertas y abandonadas, y cerrar para siempre la fuente de las caudalosas emigraciones anuales».

Tantos entusiasmos, tanta actividad, tantos afanes por la Religión y por la Patria no podían ser indiferentes al piadoso corazón de nuestro Católico Monarca y su Gobierno, que le otorgó la Gran Cruz de la Orden de Carlos III, ni a la piedad, hidalguía y nobleza del pueblo español que promovió, por medio de la Junta Central de Acción Católica, una suscripción nacional, para ofrecer al Emmo. Sr. Ragonesi las insignias de la condecoración, como testimonio de adhesión y respeto.

Pero el dignísimo representante de la Santa Sede, enterado del homenaje que se proyectaba, aunque agradecido a tan señaladas muestras de consideración y afecto, manifestó su decidido propósito de no admitir obsequio alguno personal, si bien vería complacido que las cantidades, que se recaudasen, se dedicaran a levantar en una barriada de vecindario pobre de Madrid un establecimiento de educación popular, que él

mismo tonía en proyecto, y para lo cual hacía donación de 25.000 pesetas de su propio peculio. Este rasgo de generosidad de Mons. Ragonesi, que sabemos que lo ha repetido después, es, al mismo tiempo que una prueba más de la magnanimidad de su corazón, el testimonio más elocuente de su ferviente amor a España.

Ciertos estamos de que estas líneas, que no son sino una insignificante prueba de lo mucho que el Emmo. Sr. D. Francisco Ragonesi ha hecho por España, han de herir su profunda humildad y reconocida modestia; pero lo exigían la justicia de sus méritos y la gratitud de España entera, que sabe que tendrá en adelante un decidido protector más en la capital del mundo cristiano, en quien ha sabido captarse las simpatías y el afecto de todos los españoles que le consagrarán en sus corazones un imborrable recuerdo y, sobre todo, lo exigían de Nós los imperativos del más profundo reconocimiento, ya que de sus manos recibimos el altísimo e imponderable honor de ser introducidos en el Cenáculo, derramando sobre Nós la plenitud del sacerdocio.

Monseñor Federico Tedeschini, nombrado por S. S. Benedicto VX. Nuncio Apostólico en España

DATOS BIOGRÁFICOS

Del periódico italiano «*Corriere d' Italia*» tomamos los siguientes datos biográficos sobre el Excmo. Señor Tedeschini, nombrado Nuncio de S. S. en Madrid.

«Nacido en Antrodocco el 12 de octubre de 1873. Monseñor Tedeschini ingresó a la edad de once años en el Seminario de Rieti, donde permaneció hasta el año 1889 en que pasó a Roma al Pontificio Seminario Romano. Un año solamente hubo de permanecer en

este Centro, porque habiendo quedado vacante una beca destinada para la diócesis de Rieti en el Seminario Pío, fué agraciado con ella el joven estudiante, disfrutándola por espacio de diez años, hasta el 1900, y haciendo en el mencionado Seminario una carrera brillantísima. Después de haber seguido los cursos de la enseñanza superior, obteniendo los grados correspondientes en la Academia e Instituto civiles, se doctoró en Filosofía, Teología, Derecho Canónico y Civil, e hizo el doctorado en Letras en el Instituto Pontificio de Alta Literatura, fundado en aquel tiempo por el Papa León XIII en el Seminario de San Apolinar. Mientras el joven alumno del Seminario Pío cursaba de manera tan brillante estos estudios, recibía las sagradas Ordenes; el día 26 de julio de 1896 fué ordenado de presbítero en Rieti, celebrando al día siguiente la primera Misa en su pueblo natal.

Era aún estudiante cuando en 1898 fué nombrado Canónigo Lectoral del cabildo catedral de Rieti, si bien por indulto pontificio se le autorizó para seguir en Roma continuando sus estudios.

Una circunstancia, sin embargo, de más relieve sobrevino al joven sacerdote Tedeschini a principios de 1900, cuando estaba para terminar los cursos de Derecho. En enero de aquel año Monseñor Valpini, Secretario de *Breves ad Principes*, le llamó al Vaticano para encomendarle un trabajo por encargo del Papa. El entonces Sr. Tedeschini hubo de llevarlo al cabo con aquella habilidad y diligencia que ya habían llamado la atención especial de sus superiores; pues mereció, en efecto, los personales elogios del Romano Pontífice y la promesa de que sería nombrado Minutante de la Secretaría de Estado. Este nombramiento, sin embargo, se retrasó durante algún tiempo por varias circunstancias. El joven sacerdote en su modestia no sintió afanes por él; antes al contra-

rio, después de haber terminado sus estudios en Derecho, volvió gustosísimo a su diócesis, aceptando el cargo de Profesor de Sagrada Escritura en el Seminario diocesano. Pero llamado nuevamente a Roma en agosto de 1901, tuvo una audiencia con el Romano Pontífice y, pocos días después, recibía el nombramiento cuya promesa se le hiciera dieciocho meses antes.

Fué en este nuevo estado, cuando en la tercera loggia del Vaticano se encontró por primera vez con Monseñor Della Chiesa, que hacía solamente tres meses que había sido nombrado Sustituto de la Secretaría de Estado por S. S. León XIII. Entre el Prelado, avezado ya a los más altos y delicados cargos, y el joven sacerdote que comenzaba entonces la nueva y difícil carrera de los negocios, se estableció una íntima corriente de sentimientos de filial devoción, por una parte, y de estima y afecto profundo, por otra, que no había de entibiarse jamás, a pesar del vario correr de la fortuna.

Monseñor Tedeschini no abandonó ya desde aquel día la Secretaría de Estado. Ejerció el Cargo de Minutante hasta el año 1908, y cuando en aquel año Pío X, con la constitución *Sapienti Consilio*, dió una nueva organización a la Curia Romana, uniendo a la Secretaría de Estado,—como una tercera sección de la misma,—la Cancillería de Breves Apostólicos, fué designado para regirla Monseñor Tedeschini con el título de Canciller.

Así transcurrió la segunda mitad del Pontificado de Pío X. Monseñor Della Chiesa fué luego nombrado Arzobispo de Bolonia, pero la separación no había podido romper los lazos de confiada amistad entre él y Monseñor Tedeschini, y por eso, cuando en setiembre de 1914, después de cuatro meses escasos de Cardenalato, el antiguo Sustituto de la Secretaría de Estado fué elevado al Solio Pontificio, quiso tener, junto

a sí, a su devotísimo, inteligente y activo Minutante que durante tantos años había trabajado a su vista, desplegando de una manera silenciosa, sí, pero palmaria y evidente las bellísimas cualidades que adornaban su corazón y su inteligencia. De esta suerte Monseñor Tedeschini llegó a ser Sustituto de la Secretaría de Estado, apenas creado Romano Pontífice Benedicto XV.

La elección hecha por el Papa no podía haber sido más acertada. Corrían ya para la Santa Sede los días angustiosos y difíciles de la guerra; junto al Papa se agrupaban los hombres de trabajo y de sacrificio, y desde entonces a hoy fué Monseñor Tedeschini el hombre de trabajo y de sacrificio en el más amplio sentido de la palabra.

El trabajo que afluía a la Secretaría de Estado era de día en día más intenso y se multiplicaba a medida que se ensanchaba el teatro de la guerra; ni se extendía solamente a las cuestiones religiosas directamente enlazadas con el conflicto, como eran la situación de las jurisdicciones eclesiásticas en las diversas zonas de operaciones, la actitud del clero y los Obispos en aquellas regiones, las medidas coercitivas encaminadas a mantener la disciplina eclesiástica entre éstos y los fieles, etc., sino que había de abarcar también otras cuestiones que no eran estrictamente religiosas, pero que se referían a la situación internacional de la Santa Sede, como fueron las infinitas cuestiones sobre la neutralidad e imparcialidad pontificia, sobre los actos y palabras del Papa, que fácilmente podían interpretarse de distintas maneras, según los intereses y pasiones de los beligerantes.

Pero a este cúmulo de trabajo que se imponía por las exigencias mismas de las circunstancias, bien pronto se añadió el que espontáneamente quiso el Papa cargar sobre sus hombros, cediendo a los generosos impulsos de su corazón y a la compasión profunda

que en todos los días del mundial conflicto sintió, para con las innumerables víctimas que caían sin cesar de todos los bandos. Y fué así como, además de la constante intervención en favor de los condenados y deportados, de los socorros a los hambrientos y menesterosos, nació aquella obra maravillosa de asistencia a los prisioneros, que tuvo su centro en el Vaticano y sapientísimas ramificaciones en todas las naciones beligerantes. De esta suerte se formó espontáneamente la hábil estrategia de la caridad, más modesta ciertamente, pero mucho más preciosa para la humanidad que la estrategia militar que al mismo tiempo recorría los entonces sangrientos campos de batalla.

La caridad del Papa fué, en verdad, el principio y el alma de esta obra estupenda de caridad, pero su ejecución exigía extensísima colaboración y numerosísimos auxiliares. En la memoria de todos está el trabajo material de la correspondencia, al cual se dedicaban, no sólo en el Vaticano las fuerzas movilizadas del sacerdocio y del elemento seglar católico, sino fuera también del Palacio Pontificio y aun de Roma mismo, tantos institutos y monasterios que se consideraban dichosos en ayudar al Padre común, a difundir las bendiciones que El repartía con tanta largueza entre sus afligidos hijos.

Pues bien; en esta grande obra, que la historia recordará siempre como una de las más puras y más espléndidas glorias del Pontificado, la carga, la responsabilidad, los más graves afanes pesaron sobre Monseñor Federico Tedeschini. Si en las cuestiones de carácter político e internacional, fué uno de los que debieron prestar al Papa la cooperación de su trabajo y su consejo, en la organización y ejecución de la caridad pontificia, él fué el único, salvo algún caso particular, que sobrellevó la dulce y pesada carga. Y agobiado incesantemente por el trabajo continuo y las más numerosas dificultades, lo hizo siempre con sere-

nidad imperturbable y con inmutable espíritu de sacrificio.

Mas no fué sólo el trabajo material lo que pesó sobre él durante todos esos años, sino que más graves que todas las fatigas, hubo de sentir la amargura de ver que no siempre eran reconocidas la pureza de intención y la belleza de sentimientos que animaban la obra del Papa y su cooperación. Está aún fresco en nuestra mente el recuerdo de las acusaciones, de las insinuaciones y calumnias que acompañaron sin interrupción la actividad de la Santa Sede durante los años de la guerra. Sobrevino el término de la contienda y, devolviendo a los espíritus la calma y la necesaria serenidad para juzgar los sucesos, se ha hecho justicia al Papa, y ha aparecido su obra, aun a los ojos de sus antes irreductibles adversarios, digna de admiración por su justicia y por su caridad. Pero mientras tanto, hasta que la paz hizo posible la rectitud del juicio, cuántas amarguras llenaran el corazón de Benedicto XV y de sus amigos! Mons. Tedeschini las sintió todas con redoblada pena, ya porque tan cerca estaba del Papa, ya también, frecuentemente, porque no pocas veces las acusaciones y reproches iban particularmente dirigidos contra su persona.

Así realizó junto a Benedicto XV, juntamente con los demás ejemplares sacerdotes que la Providencia deparó al Romano Pontífice en tales gravísimos tiempos, el ideal de trabajo y sacrificio que las circunstancias exigían.

Y el Santo Padre, que lo sabía desde el primer momento en que lo escogió para tenerlo tan próximo a Sí, vió y apreció cada día más su devoción y afecto, y no omitió ocasión oportuna para demostrárselo. Hoy que Mons. Tedeschini está para partirse de Roma a tierra española, séanos lícito recordar lo que Benedicto XV le dijo una vez en la visita, que todos los años le hacía en su casa el día de San Federico, y que él en-

tonces nos rogó que no repitiésemos a nadie: «Quien quiere bien al Papa, debe querer bien a Mons. Tedeschini; no se puede querer bien a Mons. Tedeschini, sin querer bien al Papa».

El hombre modesto que se sonrojaba y parecía querer esconderse, cuando Benedicto XV pronunció estas palabras, ciertamente no había soñado jamás con ellas; pero cierto también que las había merecido. El Santo Padre se lo premia hoy, dándole la plenitud del sacerdocio y confiándole el altísimo cargo de representar a la Sede Apostólica en la Capital española, en la que El también, por varios años, al lado de Mons. Rampolla del Tíndaro, dividió la responsabilidad de la representación pontificia. Mas, si la recompensa es justa, no podrá hacer, sin embargo, que enteramente desaparezca el sentimiento que Mons Tedeschini experimenta al tener que separarse del Papa, y el que el mismo Romano Pontífice siente, al ver partir lejos de su lado al abnegado discípulo y fiel amigo.

La efusión del Espíritu Santo que mañana en la Capilla Sixtina llenará al elegido, a la invocación de Benedicto XV, moderará sus penas, ante la conciencia del común espíritu de abnegación y de devoción a la Iglesia de Dios»

Efectivamente, como más largamente referimos en otro lugar de este BOLETIN, el día 5 de mayo, festividad de la Ascensión del Señor, recibió Mons. Tedeschini la Consagración episcopal de las manos de S. S. el Papa en la Capilla Sixtina, escogiendo por propia iniciativa el título de Arzobispo de Lepanto, cuyo nombre rememora una de las más brillantes páginas de nuestra historia patria y de la historia de la Iglesia.

OBISPADO DE OSMA

CIRCULAR

Sobre el Mes del Sagrado Corazón.

A la moderna sociedad y a muchos que se llaman cristianos y católicos podrían aplicárseles aquellas palabras del Apocalipsis: «Nomen habes quod vivas et mortuus est».

Y es que la verdadera vida de los pueblos y de los individuos no está, no puede estar más que en Jesucristo, según sus divinas palabras: «Yo soy la resurrección y la vida» «Yo soy el camino, la verdad y la vida». Jesucristo, en efecto, tiene en sí mismo la vida, como la tiene el Padre, de tal manera que S. Juan no duda en llamar «Verbum vitae» el Verbo de la vida, y la vida subsistente, que se dejó ver en el mundo, para que de El, como de fuente inagotable, se desbordase la vida de la gracia sobre todos los hombres, conforme a sus propias palabras: «Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant».

Pero, si Jesucristo es la vida de los pueblos y de los individuos, su Corazón sacratísimo es como el centro sensible de esa vida y el símbolo del amor que le trajo al mundo, para conversar con los hijos de los hombres. Si Jesucristo es el inmenso océano de la vida de la gracia, su Corazón traspasado por la lanza es, como canta la Iglesia: «*Fons vitae et sanctitatis.—fons totius consolationis.—de cujus plenitudine omnes nos accepimus*».

Por esto, amadísimos Hijos, Nos es particularmente grato estimularos, a que durante el mes de junio, consagrado por la Iglesia a honrar el Corazón sacratísimo de Jesús con especiales cultos, procuréis inflamar vuestras almas en la llama de amor divino en que El se abrasa; a que toméis de balde del agua de la vida, que brota con soberana largueza de su costado abierto y que salta hasta la vida eterna.

Y vosotros, Venerables Sacerdotes, procurad fomentar cada vez más en vuestras parroquias esta devoción, que es la reina de las devociones, para lo cual os renovamos las facultades concedidas en años anteriores, y haced que todos vuestros feligreses acudan presurosos al templo y rivalicen en honrar durante este mes al divino Corazón, con lo cual conseguirán para sus almas tesoros inestimables de gracia y lluvia copiosísima de celestiales bendiciones.

Burgo de Osma, 31 de mayo de 1921.

† MATEO, OBISPO DE OSMA.

Secretaría de Cámara y Gobierno

EJERCICIOS ESPIRITUALES

Con el favor del cielo ha dispuesto S. S. Ilma. y Rvdma. celebrar dos tandas de Ejercicios Espirituales para el Clero diocesano en el Seminario Conciliar.

Las tandas empezarán los días 27 de junio y 7 de julio respectivamente y terminarán los días 5 y 15 del mismo mes con la misa de Comunión.

Los Sres. Arciprestes se servirán formar las listas de los Sres. Sacerdotes que hayan de practicar los Santos Ejercicios, avisando con la debida antelación a esta Secretaría de Cámara y cuidarán de que quede asegurado el servicio parroquial, para lo cual podrán binar los Rvdos. Párrocos y Sres. Sacerdotes, según lo exija la necesidad de las Parroquias.

Burgo de Osma, 31 de mayo de 1921.

Dⁿ. Manuel Requejo Pérez.

Maestrescuela-Scrío

SEMINARIO CONCILIAR

Los alumnos que cursen Latín y Humanidades en Preceptorías oficiales de este Obispado y con Sacerdotes autorizados al efecto, previa solicitud escrita por ellos mismos y remitida con la debida antelación, deberán presentarse en este Seminario Conciliar el día 18 del próximo mes de Junio, para sufrir el examen de sus respectivas asignaturas.

Burgo de Osma, 25 de Mayo de 1921.

El Rector,

Dr. Silverio Velasco.

ADMINISTRACION DE LA SANTA CRUZADA

A V I S O

Por no haber recaudado suficientes fondos de cruzada para cubrir lo que por este concepto descuenta el Estado, dejarán de percibir las Iglesias media mensualidad del mes de mayo.

Los interesados deberán firmar los recibos del material para justificar las cuentas de la Habilitación.

Se ruega a los Señores que aún no han enviado la liquidación de 1920, procuren remitirla a la mayor brevedad.

Lo que se hace saber por orden del Ilmo. y Rvdmo. Prelado, para conocimiento de los Señores Curas Párrocos y demás encargados de las Fábricas.

Burgo de Osma, Mayo de 1921.

El Delegado de Cruzada

PRIMITIVO SANZ MERINO

NÓMINA DE ORDENES

El 21 de mayo, sábado de Témporas, el Ilmo. y Rvdmo. Prelado confirió las Sagradas Órdenes en la Capilla de Palacio a los Señores siguientes:

El Presbiterado a D. Pedro Cayuela García, de La Aguilera.

El Subdiaconado a D. Victoriano Francisco Hernando Pascual, de Coruña del Conde, D. Eutiquio Esteban Aguilera, de Quemada y D. Demetrio Hidalgo Bravo, de Valderrueda.

COLLATIONES ECCLESIASTICAE

PRO COLLATIONE DIE 9 JUNII 1921

Tyria, in religioso convictorio pie sancteque educata paternam domum, ex qua religionis sensus penitus exulabat, undevicennis repetiit. Ibidem a communione frequenti non solum, sed etiam ab auditione missae, ipsis diebus dominicis, a parentibus indignabundis ac magna minitantibus revocata, carnes etiam abstinentiae diebus edere, et choreis theatrisque inhonestissimis cum brevissima veste adire sub inediae poena, coacta est. Talibus jactata periculis, a choreuta nequam in theatri latibulo apprehensa, ut a necis discrimine sibi intentatae liberaretur, ei commisceri consensit.

Quaeritur: Quid sint metus et violentia, et quomodo dividantur?—Quatenus in actum humanum influant, ejusque imputabilitate inmodificent—Utrum et quatenus in singulis propositis casibus Tyria peccaverit?

Quaestio Liturgica

Quali voce, quibus intermixtis signis aut motibus recitetur in missa canon?—Quinam Episcopus nominandus sit ad verba *antistite nostro N.*?—Quid de *Memento, communicantes, Hanc igitur, Quam oblationem et Qui pridie quam pateretur* dicendum?—Quando aliae consecrandae sunt Hostiae, quid faciendum?—Solans n. 316-326.

El Excmo. Sr. Gandásegui, Arzobispo de Valladolid en La Aguilera

El día 13 del corriente mes, fiesta de San Pedro Regalado en el convento de La Aguilera de esta Diócesis, ofició de Pontifical en la santa Misa el Excmo. señor Gandásegui, Metropolitano de la Archidiócesis Vallisoletana, gloria del episcopado español y al que

unen lazos de estrecha íntima amistad con nuestro Ilmo. y Rvdmo. Prelado.

De su viaje y breve estancia en nuestra diócesis dijo el Semanario Católico de esta Villa, HOGAR Y PUEBLO, entre otras cosas lo siguiente:

«En Aranda de Duero se detuvo breves momentos el venerable Prelado y allí tuvo ocasión de presenciarse con viva complacencia el entusiasmo ferviente de un pueblo agradecido que acompañaba en solemne procesión a su Patrona, la Virgen de las Viñas, hasta el santuario del mismo nombre.

En la Aguilera la hidalgía y generosa hospitalidad de sus habitantes dispensaba al Excmo. Sr. Gandásegui un recibimiento entusiasta y afectuoso, cual corresponde a la sagrada persona de un Prelado, por otra parte tan benemérito, como el que rige la Archidiócesis Vallisoletana.

El día 13 oficiaba de Pontifical en la Iglesia del Convento e inmediatamente presidía la procesión, que anualmente se celebra por la Pradera que está frente al Santuario.

Aquella procesión, presidida por un ilustre Prelado, acompañado de la Venerable Comunidad de Franciscanos, de ilustres religiosos Agustinos y Dominicos, de muchos sacerdotes de distintas Diócesis y de numerosos fieles, era lo apoteosis del santo penitente del Abrojo y La Aguilera. Cuantas veces la hemos presenciado nos ha parecido ver que esta Castilla, de la que moralmente se puede decir lo que dijo el poeta de sus campos; que es *la de las grises lontananzas muertas*, despertaba de su indolencia, y el espíritu católico y español recordaba entre los esplendores de la fiesta aquellos venturosos días en que nuestra gran Reina, Isabel la Católica, venía rodeada del pueblo castellano, a honrar la santidad de un humilde fraile.

Se obsequió al Sr. Arzobispo y sus acompañantes con un banquete, humilde por franciscano, pero deli-

cadamente preparado y servido, al final del cual el Rdo. P. Guardián de la Comunidad dió en sentidas y elocuentes frases las gracias al benemérito Prelado, por haber honrado la fiesta.

A las tres de la tarde despedían al Prelado de Valladolid la Vble, Comunidad de Franciscanos, PP. Agustinos de La Vid y Dominicos de Caleruega, los Sres. Sacerdotes y distinguidas personalidades de la política y milicia, no citando nombres por no alargar esta crónica e incurrir en lamentables omisiones, y emprendía aquel, que bendecía emocionado a la muchedumbre, su viaje de regreso a Valladolid, acompañado de su Mayordomo y del Sr. Cura Párroco de San Jerónimo, ¡Que veamos pronto una peregrinación vallisoletana presidida por su digno Prelado que tantas simpatías ha despertado en su visita a La Aguilera!

Por nuestra parte solo hemos de añadir que nuestro amadísimo Prelado agradece vivamente al Excmo. Sr. Arzobispo el esplendor y realce que, con su presencia y su palabra facilísima, cálida y vibrante supo dar a tan solemnes actos, lo mismo en la villa de Aranda que en el Convento de los P. P. de La Aguilera, sintiendo muy de veras verse privado de poder obsequiar personalmente al Sr. Gandásegui, como lo exigían su jerarquía, sus relevantes dotes de saber, actividad y celo, y la respetuosa honda e íntima amistad que le profesa.

SUMARIO: Nuestro viaje a Roma.—Consagración del Excelentísimo Sr. D. Federico Tedeschini, Arzobispo de Lepanto, nombrado Nuncio Apostólico en España.—A Su Eminencia Revdma. el Sr. Cardenal D. Francisco Ragonesi, Pronuncio Apostólico en España en su partida a Roma.—Biografía del nuevo Nuncio Apostólico el Excmo. Sr. D. Federico Tedeschini: en su llegada a España.—Circular sobre el S. Corazón.—Ejercicios Espirituales.—Seminario Conciliar: Exámenes de Preceptorías.—Admon. de Cruzada: Aviso.—Casos.—Nómina de Ordenes.—Crónica diocesana: El Excmo. Sr. Gandásegui en La Aguilera.
